

seerla que en perderla, si la tuviese á mi disposicion. Pero no saldrá de aquí sin que yo sepa perfectamente á que altura nos hallamos los dos. El interes de milord exige que este oscuro casamiento quede oculto; el mio tambien lo exige, porque si llega él á caer, es preciso que yo caiga. Por otra parte yo no la ofreceré la mano para ayudarla á subir á una silla poltrona, para que una vez que se halle sentada en ella me pueda poner el pié en el pescuezo. Es preciso que el amor ó el temor la hablen en favor mio. ¿Y quien sabe si no podré todavía gustar de la mas dulce venganza de sus antiguos desprecios? Seria la obra maestra de un cortesano. Pero sea admitido yo en sus consejos, confieme ella un secreto, por pequeño que sea, y entónces.... entónces, bella condesa, caiste entre mis garras.

Dió algunos paseos aun en la sala, se detuvo, llenó un vaso de vino, le bebió, como queriendo calmar con eso la agitacion de su ánimo, y dijo:

— Armemonos ahora de una frente serena y de un corazon impenetrable.

Salió de la sala, y fué á buscar á Lambourne para escuchar su relacion y darle sus órdenes.

CAPITULO VI.

De rocío inundaba
La noche el campo, el prado, y lindas flores,
Y con sus resplandores
La luna las ventanas argentaba
De aquella casa antigua en que moraba.

MICKLE.

CUATRO piezas que componian el lado occidental del antiguo edificio llamado Cumnor-Place, habian sido adornadas y amuebladas con una esplendidez extraordinaria. Muchos dias ántes del que hemos fijado para principiar esta historia, se habian comenzado ya los trabajos necesarios para conseguirlo. Los artesanos enviados de Londres, que tenian órden de no salir de la casa hasta despues de haber concluido su tarea, habian transformado en un palacio digno de un rey las habitaciones en que todo anunciaba que hacian parte de un antiguo establecimiento monástico abandonado y destruido. Todo se habia hecho con el mayor secreto. Llegaran los artesanos de noche, y de noche se fuéron; y se habian tomado todas las medidas y precauciones imaginables para evitar que la in-

discreta curiosidad de los vecinos observase las mudanzas que se hacian en la habitacion de Tony Foster, á quien habian visto pobre, y ahora rico. El secreto estuvo bastante oculto, y solo se esparcióron algunos rumores vagos é inciertos que pasáron de boca en boca sin que se les diese grande importancia.

Los cuartos tan reciente y ricamente adornados fuéron iluminados por la primera vez en la noche de aquel dia de que hablamos, de tal manera que se hubiera notado de muy léjos, si las ventanas bien cerradas y las cortinas de seda y terciopelo con franjas de oro no hubieran impedido salir la claridad al exterior.

Esta habitacion se componia, como hemos dicho, de cuatro piezas principales contiguas, adonde se subia por una espaciosa escalera que remataba en una antecámara que mas bien parecia una galería. El abad habia reunido allí algunas veces el capítulo, y ahora las paredes estaban cubiertas de adornos magníficos traídos de las Indias occidentales, á lo que se cree, y trabajados en Londres. El fondo era muy oscuro, pero le aclaraban un gran número de luces, y seis grandes cuadros de los mejores pintores del siglo. A un lado de esta pieza habia una mesa maciza de encino, destinada á los que querian divertirse jugando á alguno de los juegos

que eran entónces de moda, especialmente al boliche ó al tejo; al otro lado habia una galería para los músicos que pudieran ser llamados á contribuir á la alegría de algun festin.

Pasabase desde esta antecámara á un comedor no muy grande, pero bastante brillante para deslumbrar los ojos de los espectadores con la riqueza de su adorno. Las paredes, desnudas ántes y sucias, estaban cubiertas con terciopelo azul celeste bordado de plata, las sillas eran de ébano ricamente trabajado, y para alumbrar la pieza habia en medio de ella una araña muy hermosa de plata. Estaba cubierto el entablado con una alfombra de España, en que las flores y frutas estaban representadas con colores tan brillantes y naturales, que daba lástima poner los piés sobre trabajo tan hermoso. La mesa, de encino antiguo de Inglaterra, la cubria un mautel blanquísimo, y un gran bufete estaba lleno de porcelana y del servicio de plata. En medio de la mesa habia un salero trabajado en Italia, soberbia pieza de plata de dos piés de alto. Representaba el gigante Briareo, cuyas cien manos ofrecian á los convidados toda clase de especies, y todo lo que podia servir á escitar el apetito.

Esta pieza conducia al salon, que estaba adornado con tejidos que representaban la ca-

tástrofe de Faeton, pues los telares de Flandes se dedicaban entónces mucho á los asuntos clásicos. La principal silla de este salon era una poltrona de gran lujo, algo elevada de tierra, y bastante ancha para sentarse en ella dos personas. Estaba colocada debajo de un dosel que, igualmente que las almohadas, cortinas y alfombra, era de terciopelo carmesí, bordado ricamente. En la parte superior del dosel habia dos coronas de conde y de condesa. En lugar de sillas habia taburetes forrados en terciopelo, y algunas almohadas al estilo morisco, con adornos arabescos bordados: veíanse tambien allí instrumentos de música, telares de bordar, y otros objetos propios para el entretenimiento de las damas. Este salon estaba principalmente alumbrado por cuatro grandes hachas de cera colocadas en cuatro manos de estatuas que figuraban caballeros moros armados, que tenian en la mano izquierda un escudo de plata muy reluciente; de suerte que, colocado entre el pecho y la vela, reflejaba como un espejo.

El cuarto de dormir, última pieza de esta habitacion magnífica, estaba adornado con menos suntuosidad, y con igual riqueza que las otras. Dos lámparas de plata llenas de un aceite perfumado esparcian un olor delicioso y una luz opaca muy agradable. La alfombra

era tan espesa que impedía se oyese las pisadas, y una cama de plumas estaba cubierta con una colcha de seda recamada de oro. Las sábanas eran de la mas rica batista, y las mantas mas blancas que los corderos que habian dado su lana para fabricarlas. Las cortinas eran de terciopelo azul bordado en seda carmesí, con franjas de oro, y adornadas de un bordado que figuraba los amores de Cupido y Siquis. En el tocador habia un hermoso espejo de Venecia con un marco de filigrana de plata, y se veía á un lado una hermosa copa de oro destinada á contener el líquido que tenian costumbre entónces de beber ántes de acostarse. Habia á la cabecera un puñal y un par de pistolas; y el presentar estas armas por la noche á los huéspedes de distincion, es de presumir fuese mas bien por ceremonia que por temor de un peligro verdadero. No debemos omitir una circunstancia que honra mas las costumbres de aquel tiempo. En un nicho habia una especie de altarcito, alumbrado con una vela, con los mismos adornos que la cama. Habia sido el oratorio del abad, pero habiendo quitado de él el crucifijo, pusieron en su lugar dos libros devotos muy bien empastados.

Al lado de este cuarto de dormir, donde no se oia otro ruido que el de los vientos que

agitaban las ramas de los encinos del parque, y tan tranquilo que Morfeo mismo pudiera envidiarle, habia dos gabinetes y el tocador adornados con la misma magnificencia que todo lo demas. Las habitaciones del lado del mediodia contenian cocinas, despensas, y el alojamiento necesario para la comitiva del rico y noble señor que habia ordenado tan suntuosos preparativos.

La divinidad para quien este templo habia sido adornado merecia bien los gastos que se habian hecho, y el trabajo empleado. Sentada en este último cuarto, examinaba con ojos satisfechos de una vanidad tan natural como inocente, la esplendidez que de repente habian creado en honor suyo, porque su morada en Cumnor-Place era la causa única del misterio que se habia observado al adornar aquella habitacion. Habian tenido gran cuidado de que no pudiese ella saber que se trabajaba en aquel lado del antiguo edificio, hasta el momento de tomar posesion de él, y de que no pudiesen verla los trabajadores. No habia visto nunca esta parte de la casa, y habia entrado la primera vez aquella noche en una habitacion tan diferente de lo demas, que al compararla le parecia un palacio encantado. Y al encontrarse en medio de esta magnificencia, se entregó á aquella

alegría viva que prueba una niña criada en la aldea, cuando se halla rodeada de una esplendidez á la que sus deseos mas estravagantes no hubieran jamas osado aspirar, y que posee un corazon tierno y agradecido que siente que los prestigios que la cercan son obra del mas poderoso encantador, el Amor.

La condesa Amy, pues á este rango la habia elevado su casamiento secreto, pero revestido de todas las formas, con el señor mas elevado en dignidad y el mas poderoso de toda la Inglaterra, habia corrido durante algun tiempo de cuarto en cuarto, admirando cuanto veian sus ojos, y apreciandolo tanto mas por ser unas pruebas del gusto de su amante, de su esposo, y otras tantas señales de su inagotable ternura.

— ¡ Que adornos tan hermosos! decia: ¡ que pinturas tan naturales! ¡ que abundancia de plata, y que bien trabajada! No parece sino que se ha empleado aquí toda la riqueza de los galeones de España. Pero, Juanita, repetia con frecuencia á la hija de Foster que la seguia con tanta curiosidad, ya que no con tan viva alegría, ¡ que delicia es pensar que tantas cosas ricas se han reunido aquí por amor mio, y que esta noche, al momento, podré darle gracias de la ternura que ha creado este paraíso inconcebible,

mas bien que de las maravillas que encierra!

— A Dios, milady, á Dios, dijo la linda puritana, es á quien debe vm. dar las gracias mas bien, por haberle dado un marido cuya ternura ha hecho por vm. tantas cosas. Y yo tambien he procurado vestir á vm. lo mejor que he podido; pero si vm. continúa corriendo asi de cuarto en cuarto, se desharán todos los rizos, y todo lo que yo he hecho desaparecerá, como los dibujos que traza el hielo sobre los cristales se desvanecen con el primer rayo del sol.

— Tienes razon, Juanita, dijo la jóven y hermosa condesa, dejando su entusiasmo y deteniendose. Y poniendose al frente de un gran espejo, cual no habia visto jamas, pues no se podrian encontrar iguales sino en las habitaciones de la reina, tienes razon, Juanita, repitió viendo con un movimiento de satisfaccion perdonable á este hermoso espejo reflejar unas gracias tales que rara vez se suelen presentar delante de una superficie pulida. Mas traza tengo de una lechera que de una condesa, con estas mejillas tan encendidas, y estas trenzas que habias arreglado con tal simetría, y que se escapan en desórden por todos lados. Mi cuello y mi pecho empiezan á descubrirse mas de lo que convendria á la decencia. Ven, Juanita, es preciso que nos

acostumbremos á estas grandezas; vamos al salon, y pondrás en órden estos cabellos rebeldes, encerrando bajo la batista y los encajes este seno que se agita demasiado.

Entraron pues en el salon, en donde la condesa, tendiendose deliciosamente sobre almohadones moriscos, ya se entregaba á sus reflexiones y pensamientos amorosos, ya escuchaba con gusto la locuacidad de su linda criada.

En esta posicion, y con esta espresion de fisonomía que media entre la distraccion y la impaciencia de esperar, con dificultad se hubiera podido hallar en parte alguna unas facciones tan amables y espresivas. La guirnalda de diamantes colocada sobre sus cabellos castaños no era tan brillante como sus ojos negros realzados con unas cejas hermosísimas. El ejercicio que acababa de hacer, su vanidad satisfecha, la impaciencia con que aguardaba la llegada del conde, esparcian un color animado sobre sus facciones. El collar de perlas que llevaba, mas blancas que la leche, nueva prenda de amor que acababa de recibir de su esposo, no era comparable con la blancura de sus dientes, y aun habria cedido la palma á la de su tez, si el placer y la esperanza no la hubieran sonroseado.

— Vamos, Juanita, ¿esos dedos tan ocu-

pados concluirán luego su tarea? preguntó á su criada que procuraba reparar el desorden de su tocado. Basta, Juanita, basta. Es preciso que vea yo á tu padre ántes que llegue milord, y tambien al señor Ricardo Varney, que tanta estimacion le merece. Podria sin embargo decirle alguna cosa que se la haria perder.

— ¡Oh! no hay que pensar en eso, mi buena señora, dijo Juanita. Abandonele vm. á Dios que castiga á los malos segun sus designios. No busque vm. la enemistad de Varney, que es el brazo derecho de su amo; y el que alguna vez se ha opuesto á sus proyectos jamas ha podido prosperar.

— ¿Y quien ha podido informarte de todo eso, Juanita? ¿Por que he de verme obligada á guardar consideraciones semejantes á un hombre de una condicion tan inferior, siendo yo la esposa de su amo?

— Milady sabe mejor que yo lo que ha de hacer; pero he entendido á mi padre decir que quisiera mas encontrar un lobo hambriento, que oponerse á Ricardo Varney en lo mas mínimo. Y me ha recomendado muchas veces no tener relaciones con él.

— Tu padre ha tenido razon de hablarte asi, hija mia, y puedo asegurarte que lo ha hecho solo por tu bien. Es lástima que sus fac-

ciones y sus modales no esten de acuerdo con sus intenciones, pues sus intenciones pueden ser puras.

— No lo dude vm., milady, no dude vm. que las intenciones de mi padre son buenas. Yo sé que no es hermoso, pero no hay que juzgarle por su esterior.

— Asi lo creo, hija mia. Quiero creerlo, aunque no sea sino por tu causa; y sin embargo su fisonomía es una de aquellas que no pueden mirarse sin temblar. Yo creo aun que tu madre..... vamos, ¿no acabarás alguna vez?.... que tu madre temblaba al mirarle.

— Si eso hubiera sido asi, señora, mi madre tenia parientes que hubieran podido sostenerla. Pero vm. misma, milady, vm. misma temblaba y se ha puesto colorada al entregarla Varney la carta de milord.

— Es vm. muy atrevida, Juanita, dijo la condesa levantandose de las almohadas en que estaba sentada, reclinada la cabeza sobre el hombro de su criada; pero volviendo á tomar el tono de bondad familiar que le era natural: Tú no sabes, dijo, que en ciertas ocasiones puede una temblar sin probar temor alguno. En cuanto á tu padre, procuraré tener acerca de él la mejor opinion, porque eres tú hija suya. ¡Ah! añadió, cubriendo de repente una nube de tristeza su fisonomía y

derramando algunas lágrimas, yo debo escuchar los acentos del amor filial, yo que tengo al mio en la mayor ignorancia sobre mi destino, yo que acabo de saber que está enfermo y cubierto de luto y afliccion. Pero le veré, y la noticia de mi felicidad le rejuvenecerá, y le hará feliz. Pero para eso, continuó enjugandose las lágrimas, no es preciso que yo lllore. Por otra parte, milord no debe encontrarme insensible á sus bondades; no conviene que me vea triste, cuando viene á hacer una visita en secreto á su reclusa despues de una ausencia tan larga. Alegría, Juanita: se acerca la noche, y milord no puede tardar. Llama á tu padre y á Varney, no tengo resentimiento contra ninguno de ellos; y aunque pudiera quejarme de los dos, mucho es preciso que hagan para que yo diga nada al conde contra ellos. Vete, Juanita, y diles que los aguardo.

— Juanita Foster obedeció á su ama, y algunos minutos despues Varney entró en el salon con el desembarazo, la gracia y descoco de un cortesano diestro en cubrirse con el velo de la política para ocultar sus designios, y descubrir mas fácilmente los de los demas. Tony Foster le seguia, y su aire sombrío y comun era aun mas notable por los esfuerzos necios que hacia para ocultar que veía de mal

ojo y con inquietud á aquella sobre la que habia ejercido hasta entónces una autoridad casi despótica, y que veia ahora soberbiamente vestida y rodeada de tantas prendas brillantes del afecto de su esposo. La reverencia sin gracia que la hizo era una declaracion de sus sentimientos secretos: era semejante á la que hace un reo á su juez, cuando quiere al mismo tiempo confesar su crimen y solicitar el perdon.

Varney, que en virtud de sus derechos de noble habia entrado el primero en el salon, sabia tan bien como él lo que tenia que decir, y lo dijo con mas despejo y gracia.

La condesa le saludó con un aire de cordialidad que parecia prometerle una amnistía completa de todas sus faltas pasadas; se levantó, se acercó á él, y le dijo dandole la mano: — Señor Varney, me ha traído vm. esta mañana tan buenas noticias, que temo que la sorpresa y la alegría me hayan hecho olvidar la órden de milord de recibir á vm. con distincion. Ofrezco á vm. la mano en prueba de reconciliacion.

— No soy digno de tocarla, respondió Varney doblando la rodilla, sino como un súbdito toca la de su príncipe. Acercó entónces á sus labios aquellos dedos deliciosos, ricamente cargados de diamantes y otras joyas,